

# Los ladrones somos gente honrada

## Enrique Jardiel-Poncela

Hacia la derecha, dentro, se oye un silbido prolongado, seguido de dos cortos. La puerta de la casa se abre poco a poco, para dar paso a *Daniel*. Es un hombre de treinta y cinco o treinta y seis años, bien plantado, de aire enérgico, decisivo y resuelto. Va de frac o de «smoking» y sin nada a la cabeza. Se dirige rápidamente hacia la derecha y queda mirando hacia dentro. Se oye un nuevo silbido y en seguida, por la derecha, pisando la faja de césped, entra el *Pelirrojo*, un individuo vestido de criado, de aire listo y sagaz. Avanza con precauciones y se reúne con *Daniel*.

DANIEL.—¿Qué pasa?

PELIRROJO.—Nada, Daniel. Te avisaba para que supieras que por nuestra parte está todo listo.

DANIEL.—¿Y no hay novedad, «Pelirrojo»?

PELIRROJO.—Ninguna.

DANIEL.—Por aquí dentro también van bien las cosas.

PELIRROJO.—Lo esperaba: porque donde tú trabajas y lo que tú diriges...

DANIEL.—La invitación que falsificaste a nombre del argentino Juan Torres, con la que logré entrar en la fiesta, ha pasado como buena. Cada cual me ha supuesto conocido de los demás..., y desde hace una hora soy amigo de la infancia de los dueños de la casa..., «tus amos», y de varios invitados importantes.

PELIRROJO.—Bueno, es que, realmente, eres el único.

DANIEL.—¿Está ahí todavía el «Tío del Gabán», o se ha ido ya a su sitio?

PELIRROJO.—No. Está aquí aún, echando un pitillo para tranquilizarse, mano a mano con el «Castelar».

DANIEL.—Llámalos.

PELIRROJO.—(*Asomándose a la derecha y dirigiéndose hacia dentro, a media voz.*) ¡Pchs! ¡«Tío»! ¡«Castelar»!... ¡Zumbad, que os llama Daniel! (*Mirando hacia dentro, sonriente.*) Son unos pintarrias, pero no los hay más decididos en el oficio... (*Por la derecha, -por la franja de césped, aparece el ilustre personaje conocido por el «Tío del Gabán». Es, efectivamente, una pinta de edad indefinida, vestido con una ropa indescriptible, color de ala de mosca. También la gorra que luce ha debido de ser premiada en varias exposiciones.*)

TÍO.—¿Ocurre algo que me afezte?

PELIRROJO.—El jefe te dirá.

TÍO.—¿Qué hay, «Melancólico»?

DANIEL.—¿Por qué no estás en tu sitio?

TÍO.—Porque tú me diste orden de que aztuase a las doce en punto, y como no son más que las doce menos veinte...

DANIEL.—Pero, ¿a las doce?

TÍO.—A las doce estaré en mi puesto como un clavo.

DANIEL.—¿Y el «Castelar»?...

TÍO.—Se ha quedao ahí, metiéndose unas piedrecitas en la boca, pa ver si así consigue hablar claro contigo, porque hoy está incapaz.

PELIRROJO.—Aquí viene. *(Por la derecha surge el Castelar, otro pinta como el Tío, con un gran aire de pasmado, pero que, en realidad, no tiene de pasmado más que el aire. Da la sensación de que habla en rumano.)*

CASTELAR.—Atarapaná maléfico.

TÍO.—Esto es que te saluda.

CASTELAR.—Tora de tarum picitas pormoción, pero trupemenerdio todo.

TÍO.—Dice que se ha tragado las piedrecitas y que se le traba la lengua de la emoción, pero que está dispuesto a todo.

PELIRROJO.—Oye... ¿Es que ahora le traduces lo que habla?

TÍO.—Sí. Pero cuando el párrafo es largo, le cobro una peseta.

DANIEL.—Tú no olvidarás mis instrucciones, «Tío».

TÍO.—Descuida. A las doce en punto, en cuanto que empiecen a sonar las campanadas del reloj del asilo de la esquina, que, por cierto, va seis minutos atrasao, apagaré la luz de toda la casa.

DANIEL.—Eso es.

TÍO.—Y éste también está al tanto de lo suyo.

CASTELAR.—Atropó mistigale turliendo turliendo; con la pandalla del droguro caresto colupinas logran dar ler otros.

TÍO.—Venga la peseta. *(Castelar le da una peseta, que el Tío se guarda. A Daniel.)* Ha dicho que él y tres hombres más de la pandilla de Isidro el «Inseguro» tienen su puesto en las cocinas. Y que, aprovechando el barullo, llegarán hasta el salón grande a ayudarte a ti y a los otros.

DANIEL.—¿Y los coches?

TÍO.—Dispuestos para la fuga, en la fachada que da al rompeolas. La verja está abierta, y de los perros tampoco ties ya que preocuparte...

DANIEL.—*(Serio.)* ¿Habéis matado a los perros?

TÍO.—No. Les hemos traído una perra a cada uno. Están encantaos. *(Ríen.)*

DANIEL.— ¡Chist! No arméis ruido. ¿Tú no «descuidarás» tu misión, «Pelirrojo»?

PELIRROJO.—No pases cuidado. Como nadie sospecha de mí, después de dos meses de servir a conciencia en la casa, ya sé que mientras dure la cosa, yo, ¡quieto! Y que en cuanto que se oiga el ruido de los coches, huyendo de la fachada de atrás, a entrar en el salón, disimulando y preguntando azorao: «Pero, ¿qué ha pasao aquí? Pero, ¿qué ha pasao aquí?...» Con la mayor cara de idiota que me sea posible...

TÍO.—...que es mucha.

PELIRROJO.—Esta es la cara de idiota que voy a poner. (*La pone.*)

TÍO.—Puede que sea demasiaio.

DANIEL.—Y si todo sale bien, como supongo, ya sabéis: a primeros de mes os venís con éste (*por el Pelirrojo*), que os esperará en la frontera de Portugal y os tendrá preparado, en Ayamonte, lo que os haya correspondido en el reparto.

TÍO.—Se le hace a uno la boca agua de pensar que, si todo sale bien, de esta hecha puede uno retirarse de los negocios...

DANIEL.—Todo el que quiera podrá retirarse. (*Con voz sorda.*) El que buscara dinero nada más, desde luego que se podrá retirar.

PELIRROJO.—¿Y tú no, Daniel?

DANIEL.—Yo ya he comprobado por mí mismo hace tiempo que el dinero no basta para vivir a gusto. A mí no me retiraría más que una mujer. Tal vez si encontrase una mujer joven e inocente...

TÍO.—Pues no pides tú na...

CASTELAR.—¿Y para qué querrías que fuese inocente?

TÍO.—Pa que dejase de serlo a su lado, so primo.

CASTELAR.—¿Y joven?

TÍO.—Pa que le durase más tiempo.

CASTELAR.—(*A Daniel, admirado.*) ¡Con razón se te conoce en la profesión por el «Melancólico»! Y por algo se murmura que eres un hombre raro...

DANIEL.—(*Volviendo la cabeza bruscamente hacia la izquierda.*) ¡Chist! ¡¡Calla!! (*Queda escuchando.*)

TÍO.—¿Eh?

DANIEL.—Alguien sale...

CASTELAR.—(*Tragándose las piedras del susto.*) Achumpe te renesta tiren demigarcio andata...

TÍO.—Dice éste que el que sea va a meter la pata...

DANIEL.—No hay cuidado. Si es hombre, lo arrastraré para adentro charlando. Si es mujer, me la llevaré a bailar. El plan no debe alterarse por nada. ¡Cada uno a su puesto con los relojes al segundo! ¡Todos prevenidos!

TÍO.—Bien.

PELIRROJO.—Conformes.

CASTELAR.—Atrupacio.

DANIEL.—Y a las doce en punto, ¡decisión, confianza y al bulto!